

que fuesen por otra parte.— Desde las sangrientas ejecuciones de 1793 no se nos ha ofrecido ocasion de hacer mencion de los miembros de la familia real de Francia que se habian librado de la hoz revolucionaria, y por ventura nos sea permitido reunir en este pasage algunos pormenores cortísimos acerca de esta augusta y desdichada familia. El señor conde de Artois, habia salido de Francia por los años de 1789, y el príncipe de Conde, con su hijo y su nieto se habia refugiado, á par de aquel, en Alemania. En 1791, monseñor conde de Provenza, se fué á Flandes por los mismos dias en que el rey se iba á Varenas. Prendióse á Luis XVI, y se dejó pasar libremente á monseñor, el cual se reunió á su hermano en los Estados del elector de Treves. Rodeáronse de un considerable número de servidores celosos y fieles, á quienes llamaban cerca de estos príncipes sus deseos de servirles, ó los disturbios de su patria; mas poco tardaron en tener que abandonar este asilo y se fueron á residir algun tiempo en Hamm en la Wesfalia, desde donde percibieron los bramidos de la borrasca de su patria, alcanzándoles allí las noticias de los desastres de su familia. Habíase ya declarado la guerra en aquella época, y harto es sabido con que valentía tomaron parte en ella aquellos príncipes. Por los años de 1795 el fin funesto del joven rey, hijo de Luis XVI, invistió de todos los derechos al trono á monseñor, el cual se llamó Luis XVIII. Habitó este príncipe

alternativamente la Italia y la Alemania bajo el nombre de conde de Lille, sobrellevando sus contratiempos con religiosa constancia. Hallábase en Dillingen, á 9 de julio de 1796, cuando un asesino, pagado sin duda por los revolucionarios franceses, le disparó de noche un carabinazo, hiriéndole en la cabeza, sin que los culpables consiguiesen otra cosa que el oprobio de haber proyectado y tentado este crimen, pues la herida no fué de ninguna consideracion y acabó de realzar mas la firmeza de este desdichado rey. Despues se trasladó á Rusia, donde Pablo I^o le trató conforme su distinguido rango, y se fijó por algun tiempo en Mittau en Curlanda, donde se le reunió miseñora, hija de Luis XVI, á la cual habia mandado á Viena en 1795. Tambien llamó á su lado al abate Edgeworth quien habia ejercido para con Luis XVI tan animoso y triste ministerio, y en este mismo destierro se celebró, á 10 de junio de 1799, el casamiento del señor duque de Angulema, hijo primogénito del señor conde de Artois, con miseñora hija de Luis XVI. Bendijo su enlace el cardenal de Monmorency, obispo de Metz y grande limosnero de Francia; espectáculo verdaderamente tierno y fuente de bien amargas reflexiones, puesto que una princesa de Francia y el heredero de su trono se veian reducidos á buscar, á doscientas leguas de su patria, un altar que recibiese sus juramentos. El mismo año notificaron los cardenales á Luis XVIII, del mismo modo que á los demas soberanos, la

muerte de Pio VI. Contestóles el rey fecha 24 de noviembre, y luego despues felicitó á Pio VII por su exaltacion, la cual le habia participado este pontífice. En 1803 tuvo Bonaparte la osadía de proponerle que cediese sus derechos al trono, y ofrecerle en cambio algunas indemnizaciones. Luis XVIII, que se hallaba á la sazón en Varsovia, rechazó con dignidad estas ofertas, y á par de él manifestaron todos los príncipes de su casa que no transigirian jamas acerca de sus derechos. El rey en su carta hablaba todavía con respeto de un hombre que no se habia mancillado aun con un crimen odioso, pues hasta 1804 no desplegó á los ojos de la Francia y la Europa espantadas su terrible caracter. La prision del duque de Enghien, acaecida en un territorio estrangero y en el seno de la paz, era ya una infraccion del derecho de gentes; mas el fin deplorable de este príncipe en la flor de su edad, precipitadamente conducido á París, y pasado por las armas en Vincenas á 22 de marzo, despues de un simulacro de proceso, fué un objeto de general indignacion, pues que era en lo moral, un atentado horrible y sin pretesto, y en lo político, una falta sin apoyo y sin excusa; era ser á la vez cruel y desatinado quererse abrir de esta suerte una senda para el trono y tomar un título tan pomposo bajo tan sanguinarios auspicios. Altamente se resintió Luis XVIII de este golpe, y desde entonces no vió en Napoleon sino á un asesino aborrecible. Precisado por los azares de la

guerra á salirse de Rusia, aceptó un asilo en Inglaterra, donde miseñor conde de Artois se habia fijado desde los años de 1795. Siguióle el resto de su familia, y halló allí la misma munificencia y los mismos respetos que habia merecido en el continente. Acompañado de los príncipes de su raza y de algunos súbditos fieles, y entregado á estudios provechosos, aguardaba con religiosa resignacion el momento en que la Providencia tuviese á bien llamarlo á su restablecimiento en sus Estados, con el término de los desastres que desde tan largo tiempo estaban funestando la Francia. Por último fué á establecerse en el castillo de Hartwell en el condado de Buckingham. De esta suerte volvia la Inglaterra á la Francia el asilo que esta habia dispensado cien años atras á los Estuardos. Dábase al rey y á los príncipes su competente tratamiento, prosiguiendo dando ademas pensiones á los sacerdotes y emigrados, los cuales fueron bastante numerosos hasta 1802, en cuya época muchos regresaron á su patria, con motivo de haberse revocado muchas leyes inicuas establecidas en Francia durante el furor de su revolucion, no permaneciendo en Inglaterra, por lo que toca al clero emigrado, ó deportado, sino unos tres obispos y unos cien sacerdotes, los cuales no se sintieron nada inclinados á tomar parte en el nuevo orden de cosas.

— El 28 de noviembre, Pio VII llega á París. No hacia aun seis años que la tiranía habia ejercitado el tratamiento mas odioso en la cabeza de la Igle-

sia. Aun no hacia seis años que Pio VI habia estado espuesto á la persecucion del Directorio, arrastrado de destierro en destierro, y llevado cautivo á Francia para servir allí de trofeo á la impiedad. Este viage, que se habia creido hacer humillante, se habia convertido no obstante en gloria de la religion, y en la del ilustre proscrito. ¿Quizo la Providencia una reparacion nueva, brillante y solemne de los ultrages hechos al Padre comun de los fieles, ó bien quiso estrechar las relaciones de la santa Sede con los franceses, ligándolos mas y mas á la religion con un ejemplo grande de piedad y dulzura, asegurándolos ademas con eso contra la persecucion que debia estallar pocos años despues? no nos pertenece el juzgar esto. Mas aunque el viage del Papa en Francia tiene conexion con un objeto político que no es de nuestro cargo, sin embargo se mezcla en nuestro plan bajo otros respectos. Parece que durante largo tiempo solicitaron al Papa para hacer este viage. Se hicieron resaltar las muchas ventajas que resultarian de él para la religion, y las concesiones importantes que conseguiria por premio de este sacrificio. Puede ser aun que lo espantaran con lo que podria suceder negándose. Entonces era todopoderoso Bonaparte, lo habian reconocido todas las potencias de Europa, y podia hacer mucho bien ó mucho mal. Cedió pues el Papa, y el 29 de octubre Pio VII anunció á los cardenales, en consistorio, su próxima partida para la Francia y el objeto de su viage.

Suprimió la bula *Ubi Papa, ibi Roma*, como habia hecho Pio VI en tiempo de su viage á Viena. Entregó, segun dicen, á cada cardenal un paquete cerrado, con orden de tenerlo secreto. El 2 de noviembre salió de Roma. Le precedia el cardenal Fesch, arzobispo de Leon, quien estaba encargado de hacer prepararlo todo en el camino para recibir á su Santidad. Los cardenales Antonelli, Borgia, Braschi, de Pietro, Caselli, de Bayane, acompañaban al santo padre, así como el príncipe Altieri y el duque Braschi, capitanes de sus guardias, como tambien muchos prelados. En las fronteras de Toscana halló el soberano pontífice al príncipe Corsini, á quien la reina habia enviado á su encuentro. Llegó el 5 de noviembre á Florencia, y se apeó en el palacio real. La reina con su hijo el joven rey, que tenia de la mano, se presentó delante de él para recibirle. Al dia siguiente el santo padre dió solemnemente la confirmacion al príncipe, á quien el cardenal Antonelli sirvió de padrino. Una descarga de artillería anunció el momento en que fué conferido el sacramento. El Papa pasó en seguida al palacio Pitti, en donde dió desde el balcon su bendicion apostólica á mas de cuarenta mil almas. Por la noche se iluminó toda la ciudad. El 7, el ilustre viajero partió de Florencia, y apresurando su marcha, que desde luego debia ser menos pronta, llegó el 11 á Alejandria. El obispo y su predecesor habian salido á su encuentro con el clero, los magistrados y la

guarnicion. En todos los departamentos estaba encargado hacerle los honores debidos á su dignidad. Los prefectos, sub-prefectos, corregidores (maires), debian escoltarle, cada uno en su territorio. Las tropas tenian orden de formarse en alas á su paso. El clero sobre todo debia contribuir particularmente á recibir de un modo conveniente á la cabeza de la Iglesia. El 12 de noviembre, su Santidad llegó á Turin, en donde descansó un dia. Allí encontró al cardenal Cambaceres, y otras personas, á quienes el emperador habia enviado á su encuentro. Volvió á tomar el camino el 14, y llegó el 17 á Chamberi. Por todo el camino se agolpaba el pueblo á su paso. Los habitantes de estos paises anhelaban la ventaja de ver al primero de los pastores, y de recibir su bendicion. El 19 entró en Leon en medio de un concurso inmenso de pueblo. Toda la ciudad, sus magistrados á la frente, parecia haber salido á su encuentro. El 20, dijo la misa en la metrópoli, recibió á todos los que desearon saludarle, bendijo muchas veces al pueblo, y quedó admirado, dicen, de encontrar aun tanta religion en una nacion que tanto se habian empeñado en pervertir. Esta grande ciudad manifestó un piadoso empeño por ver y honrar al vicario de Jesucristo, y la juventud leonesa deseó con ansia el honor de presentarle sus respetos, y le dirigió un discurso lleno de sentimientos de afecto y de religion. El santo Padre tuvo el dolor de perder en esta ciudad á uno de los cardenales que le

acompañaban, al cardenal Borgia. Habia sido mucho tiempo secretario de la congregacion para la propagacion de la fe, y desde su entrada en el sacro colegio, en 1789, uno de los miembros mas laboriosos de esta congregacion, de la que fué prefecto en sus últimos años. Gastaba en las misiones una gran parte de su renta, y su celo por esta buena obra fué tambien el que le habia traído á Francia: esperaba procurar en ella el restablecimiento de esta preciosa institucion, que formaba obreros evangélicos para la China y las Indias. Murió el 23 de noviembre, dejando todos sus bienes á la Propaganda, y llevándose al sepulcro la estimacion y sentimientos de los amigos de las ciencias y de la religion. Entre tanto el Papa habia partido de Leon el 24. Durmió aquel dia en Roanne, y en seguida en Moulins, en Cosne y en Montargis. Fué recibido en estas tres últimas ciudades por los obispos de Clermont, de Autun y de Orleans, á la cabeza de una parte de su clero. Llegó el domingo 25 á Fontainebleau. Avisado el emperador de su venida, habia ido á su encuentro. Los dos pusieron pie en tierra, y se abrazaron, despues subieron á una carroza, y entraron en palacio al estruendo de la artillería. Despues de haberse visitado recíprocamente, los príncipes y grandes dignidades fueron presentados á su Santidad. El 28 el Papa y el emperador llegaron á París en una misma carroza á las seis y media de la tarde. La noche, el rigor de la estacion y la mucha nieve que caia entonces im-

pidieron sin duda que esta entrada fuese acompañada de los honores que se habian hecho al soberano pontífice en las otras ciudades. Su llegada no fué anunciada hasta el día siguiente por la campana mayor de la metrópoli. Su Santidad se apeó en las Tullerías, en donde se le habia preparado una habitacion, así como para los cardenales y señores de su comitiva. Le fueron presentadas sucesivamente las primeras autoridades del Imperio. El senado, el cuerpo legislativo, el tribunado, el consejo de Estado le arengaron por su turno. El consejo de casacion, el de apelacion, las diputaciones de los departamentos, los prefectos y muchas otras personas empleadas fueron admitidas á presentarle sus homenajes. Los obispos de Francia, congregados en París para la ceremonia de la coronacion, fueron tambien á ofrecer sus respetos á la cabeza de la Iglesia. Su Santidad habia declarado sobre todo querer cerciorarse de la doctrina y de los sentimientos de los obispos constitucionales, á quienes habian dado sillan en 1802, y que se habian alabado de no haberse retractado. Se habia engañado al soberano Pontífice que muchas veces se habia quejado de su desobediencia. Se les mandó que se sometieran al gefe de la Iglesia, y se les presentó de su parte una fórmula así concebida : *Declaro en presencia de Dios que profeso adhesion y sumision á los juicios emanados de la santa Sede y de la Iglesia católica, apostólica y romana sobre las materias eclesiásticas de Francia. Ruego á S. S. que me dé su bendicion*

apostólica. Los constitucionales que aun no se habian retractado, admitieron esta declaracion. Dos de entre ellos que en 1802 habian anunciado con jactancia su perseverancia en los mismos sentimientos fueron los primeros que se rindieron. Saurine, obispo de Estrasburgo, fué el único que hizo dificultades en someterse. Le Coz rehusó desde luego; mas al día siguiente se echó á los pies del Pontífice, y le aseguró de su perfecta obediencia. Son auténticos estos detalles. Cualquier cosa que hayan dicho despues estos obispos, es muy cierto que se sometieron entonces, y tuvieron muchos testigos estos hechos para ser revocados en duda. Luego se ocupó Pio VII del bien de la religion, que era el principal objeto de su viaje. Presentó una serie de demandas todas relativas á las necesidades de la Iglesia, á la libertad del ministerio pastoral, á la supresion de algunos *artículos orgánicos*. Hubieran querido algunos cardenales que se aprovechase la circunstancia para reclamar las tres legaciones. Mas el Pontífice desinteresado no quiso mezclar intereses temporales á necesidades mas urgentes, y, únicamente atento en obtener ventajas para la religion, solicitó de viva voz y por escrito las medidas que pudieran remediar los males pasados, y volviesen á la Iglesia galicana su antiguo lustre y los establecimientos que habia destruido la revolucion. Fueron á su vez el objeto de las instancias del Papa, la jurisdiccion espiritual, los seminarios y sus dotaciones, las misiones, la educacion cris-

tiana de los niños; reclamó una protección mas franca para la religion, y la supresion de las trabas con que la habian oprimido. Visitó muchas parroquias de la capital, y su presencia atraia siempre una multitud considerable. No se cansaban de ver y admirar á este Pontífice venerable, en quien la dignidad se hermanaba tan bien con la dulzura, y que aumentaba el respeto debido á su caracter por el que inspiraba su piedad. No contento con mostrarse en diferentes iglesias, permitió tambien que un número bastante grande de fieles se encontrase á la entrada de su cuarto cuando salia ó volvía á entrar, y se vió á esta multitud embarazar su paso, sin que se manifestase incomodado de un empeño algunas veces excesivo. Accesible á todos, deseaba satisfacer á cada uno, y aun reiterar sus bendiciones. Las derramaba principalmente sobre los niños, é imitando á aquel de quien es vicario, parecia tener placer en dejarse acercar de esta edad llena de inocencia y de encantos. Bendecia rosarios y otros objetos piadosos. En fin nada omitia de lo que podia reanimar la piedad de los fieles; y en efecto se sabe cuan util ha sido á la religion su viaje bajo este respecto. La presencia, las virtudes y la caridad de la cabeza suprema de la Iglesia reanimaban el fervor de estos, disminuian las prevenciones de aquellos, y escitaban la admiracion de todos. Los enemigos mismos de la fe no podian dejar de conmoverse á vista de tantas calidades atractivas reunidas en tan alta dignidad, y estaban

en estado de hacer el justo aprecio de los ultrajes lanzados por tantos escritores contra la corte de Roma y contra sus pontífices, viendo á este pontífice augusto reproducir entre nosotros las virtudes de sus predecesores, y forzar sus sufragios por una conducta llena de religion y de piedad, como de moderacion y prudencia.

1805.

—El 1º de febrero, el Papa tiene un consistorio en París. Su Santidad pasó para este efecto al palacio arzobispal, que habia sido escogido por ofrecer un lugar mas cómodo. Allí, habiéndose sentado en su trono, los siete cardenales antiguos que se encontraban en París vinieron á prestarle la obediencia: estos eran los cardenales Antonelli, Braschi, Caprara, de Pietro, Caselli, de Bayane y Fesch, dos de entre ellos fueron á buscar á la capilla á los cardenales de Belloy y Cambaceres, que aun no habian recibido el Capelo. Llegados al trono del Papa le besaron los pies y la mano, y en seguida fueron abrazados por su Santidad, y por sus colegas. Tomaron su lugar segun su orden de promocion, se sentaron y pusieron su birreta en señal de posesion. De allí volvieron al trono del soberano pontífice, quien les puso el Capelo en la cabeza, diciendo la oracion de uso, y levantándose